

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

mutilados o cosidos a puñaladas o acribillados con balas. Esa ferocidad, en mi concepto, no obedece a otro móvil que al miedo; sí, al miedo de que la víctima se levante y tome desquite, al miedo de que dé voces y se descubra la felonía, al miedo a recibir igual trato de parte de la víctima y por ello el asesino se asegura.

Posiblemente el contacto constante con la sangre, la familiaridad con ella, crea una segunda naturaleza y cuando no la ven o la tocan no están contentos, sienten verdadera sed de sangre.

Por fortuna, son casos esporádicos, contados casos en que la mujer se muestra más sanguinaria que el hombre; pero esto no quiere decir que en ella no haya una tendencia más marcada, más intensa a derramar sangre. Dejemos esta cuestión planteada a los criminólogos y siquiátras y pongamos fin a este capítulo invitando al lector a seguirnos para detallar los métodos delictuosos empleados por la gente del hampa y también por aquellos hampones vergonzantes que tras un mostrador o un escritorio son tan delincuentes como los que descaradamente nos roban y si nos resistimos nos asesinan.

CAPÍTULO IV

Delincuentes Clandestinos

Sin llegar al extremo de afirmar que todo comerciante es un ladrón con licencia de las autoridades para ejercer su profesión, sí afirmo que en ninguna otra actividad humana, como en el comercio, hay más codicia y afán de lucro.

Es verdad que el comerciante nada produce. Es verdad que su función social es la de servir a las necesidades del consumidor. Relaciona al productor con el consumidor y en ello pone empeño, arriesga dinero, proporciona trabajo a sus auxiliares y en cierto grado contribuye a la prosperidad de la nación en que opera. Por ello no le vamos a negar la retribución a su trabajo.

Sin embargo, al amparo del comercio honrado, medran muchos delincuentes clandestinos, verdaderos vergonzantes de la criminalidad, que no se deciden a robar descaradamente y que lo hacen valiéndose de medios que muchas veces escapan al ojo avizor de la ley.

Veamos cómo opera la delincuencia clandestina en el tráfico del oro, del metal amarillo más apreciado. Tras el biombo de un comercio legal-

mente establecido, de preferencia una cantina o piquera, el propietario del establecimiento se relaciona con los "metaleros", los trabajadores mineros a quienes el vicio o la miseria han empujado al robo de metal.

Allá en las entrañas de la tierra, dentro del socavón de la mina donde arriesga vida y salud, el metalero aprovecha cualquier descuido de los vigilantes y se traga un pedazo de metal en bruto y al salir a la superficie de la tierra espera pacientemente la función fisiológica que lo pondrá en posesión del metal codiciado. Su pobre intestino se encargó de dar al oro su primer beneficio. Todavía lo beneficia más por los rudimentarios métodos aprendidos de trasmano.

Avaramente junta trocito tras trocito y un buen día baja a la población y en manos del tabernero deja su mezquina posesión ilegal a cambio del placer efímero que le produce la ingestión de los productos de la alquimia alcoholera del comerciante. Este tabernero lo mismo prepara brebajes "prodigiosos" con alcohol, yerbas y alumbre, que pesa, aquilata y beneficia metales.

Personalmente o con la intervención de sus familiares o cómplices —todos personas de apariencia decente— vienen a la ciudad y entran a cétrica joyería o a despacho lujoso instalado en calle principal y en manos de otro comerciante —tan honrado como él— deja los gramos de oro que después se funden y forman las joyas que vemos relucir tras el mágico escaparate del joyero comprador de "chueco", a precios desconcertantemente bajos.

Un pícaro solo poco es lo que hace; pero si se junta con otros de la misma calaña, forma una sociedad anónima y se abre al público un grandioso almacén. La publicidad entra en acción, es la artillería que protege el avance de caballería e infanterías formadas por vendedores hábiles. Se anuncian baratas y más baratas, los precios de ganga bajan y se recortan.

El consumidor está encantado. En ese almacén de moda le dan más por su dinero; pero el ama de casa que casi enloquece ante los precios de ganga, ignora que indirectamente está cohonestando, está respaldando con su patrocinio a una banda de contrabandistas.

Una noche, de las profundidades del sueño nos saca el clamor de las ululantes sirenas mezclado con campanazos por aquí y ajeteo por todos lados. Al día siguiente leemos en los periódicos que el suntuoso almacén, la tienda de prestigio del reputado comerciante X o de la sociedad mercantil HH, fué consumida por las llamas y en el siniestro se perdió una fabulosa suma de dinero. ¡Pobres gentes! Es lo primero que decimos y lo decimos sinceramente.

Pero si estuviésemos enterados de que fué un incendio premeditado, que el comerciante ladrón sacó furtivamente géneros y valores antes del fingido siniestro, que pagó a un electricista —delincuente también— para que se produjese un corto circuito a determinada hora y que las chispas del flamazo eléctrico pusieran en inmediata ignición materiales rociados con líquidos inflamables, de

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

seguro habríamos de sentir justa indignación en contra de estos criminales con disfraz de comerciantes.

Pero salgamos del centro de la ciudad. Vamos a los mercados en donde se surte de comestibles y ropas la gente de las barriadas. Ya en camino del mercado nos sale al encuentro un muchacho de cara macilenta, de mirar medroso y esquivo, que casi tartamudea al hablarnos sin lograr dominar su nerviosidad. Con mano temblona extrae de su bolsa un anillo, con voz apagada nos invita a comprarlo. Al ver que se aviene al dedo, hace notar lo bien trabajado de la joya y su alta ley de oro, en contraposición con el ridículo precio que nos pide. Llega a insinuar y aun a decir claramente que lo acaba de robar. Nos toca la codicia. Instantáneamente nos convertimos en cómplices de un delito. Miramos furtivamente para todos lados, bajamos el tono de voz y aun le regateamos sobre el precio y finalmente nos separamos de unas cuantas monedas para alejarnos presurosos, al compás precipitado de un corazón culpable, mientras que en el cerebro nos bulle un torbellino de ideas. Vamos haciendo las cuentas alegres de la lecherita del cuento, hasta que el cántaro se nos quiebra y las ilusiones quedan convertidas en imaginarios guijarros al saber de boca de un conocedor que el anillo de marras ni es de oro, ni vale lo que por él pagamos. ¡Qué tanteada! Como se dice en el habla popular.

Ya estamos recorriendo con la vista, en tanto que nuestro cuerpo choca y rechoca inconsciente-

JOSE RAUL AGUILAR

mente con los demás, los primeros puestos del mercado. En una esquina nos detiene un chico y nos ofrece en venta una caja de polvos para la cara. El envase es magnífico, el aroma es delicioso, su calidad es aparentemente buena; pero el mirar esquivo del muchacho, su tartamudeo, sus insinuaciones y toda su pantomima nos recuerdan lo del anillo y a la primera oportunidad nos deshacemos del importuno quien no deseaba otra cosa que estarfarnos vendiendo un artículo adulterado, de ínfima calidad, a un precio de robo.

Con todo el volumen acústico de sus recios pulmones un hombre pregona su mercancía, al pasar nos mete por las narices un trozo de manta. Da un precio con el que nadie podría competir, hace que la presunta víctima toque, palpe, aprecie la calidad del tejido. Sobre el hombro sostiene el fardo de tela y entre los dedos presenta la punta de la pieza. No cabe duda, ¡es una ganga! Y las gangas hay que aprovecharlas. La infeliz mujer con quien trata vislumbra un buen negocio. Comprando a ese precio manta de tan buena calidad habrá de hacer lucir el mezquino jornal que su hombre le trajera. Ya ella necesita ropa interior y los chicos también.

Hasta donde su poco dinero se lo permite, pide tres o cuatro metros. El pregonero calla y ceremoniosamente da la vuelta a la punta que exhibe y empieza a medir meticulosamente. No escatima ni un milímetro. Corta, rasga y apresuradamente envuelve el trozo de tela y a cambio del bulto recibe el precio.

¡Pobre mujer! No sabe que al llegar a su casa

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

va a sufrir una desilusión tremenda. Lleva muy envuelta y dentro de la cesta del mandado un pedazo de tela de calidad inferior a la que palpara. Ese delincuente clandestino la engañó, la estafó, le robó unos cuantos centavos. La punta que enseña, la que la víctima palpa, es sólo una punta de género de mejor calidad. A eso le llama "el capote", con dedos diestros hizo el cambiazo y dió manta de tercera por de primera calidad.

Otra mujer se detiene ante el vendedor de cereales. En vista del precio y de la calidad ha decidido comprar dos o tres cuartillos de maíz. El vendedor toma su medida en la izquierda, empuña el rasero con la derecha, llena el repicente y diestramente pasa el palo redondo para quitar el copete, este sobrante cae como cascada amarilla sobre el montón de grano. Apresuradamente vacía la medida justa y la cantidad de grano a que equivale su dinero. Pero es que ella no se fijó, cómo el mal comerciante, practicando una estafa mínima, hundía los dedos dentro del grano al pasar el rasero y así arrebató un puñado de granos a una familia cuya alimentación es mezquina y siempre mermada por la codicia y mala fé del traficante.

¡Qué buenas están las fresas! Exclama un honrado padre de familia, que al pasar por el mercado pensó en la fruta de sobremesa con que obsequiar a su mujer y a sus hijos. Llega al hogar muy satisfecho con su compra. Con todo y cesta compró las fresas. El cesto viene casi derramándose y, además, compró a muy buen precio. La señora, complacida, lleva el cesto a la cocina para

JOSE RAUL AGUILAR

lavar las fresas y al vaciar el cesto se descubre el fraude. ¡Más de la tercera parte del canasto está relleno con papeles de periódico!

¿Lo duda usted? Compré en cualquier esquina a los vendedores semifijos que tienden sus puestos sobre la banquetta, una bolsita rebosante de piñones, de nueces ya quebradas y verá cómo mañosamente, más de la tercera parte del fondo está metida hacia adentro, no tanto para que la bolsita quede en pie, sino para alucinar al incauto con toda una bolsa rebosante de frutas secas y al precio de unos cuantos centavos.

BIBLIOTECA
En cuanto a pesas y medidas, el comerciante ladrón no se atreve ya a falsificarlas. Los inspectores del ramo les visitan frecuentemente. Todo aparato está sellado y resellado por la oficina gubernamental respectiva; pero al igual que el vendedor de cereales que clava las uñas al pasar el rasero, dependientes y patronos se ingenian para recargarse sobre el platillo de la báscula, para aflojar un resorte o para manejar la medida de tal manera que siempre algo se queda "en favor de la casa".

Los inspectores del Departamento de Salubridad son los encargados de velar porque no se adultere la calidad de los comestibles y mercancías; pero tan pronto como los representantes de la ley dan la vuelta, la adulteración surge y con ello se defrauda al público.

Aunque la diaria experiencia va enseñando a la

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

mujer todos esos fraudes mínimos del comercio deshonesto, creo cumplir con un deber de protección social enseñando cómo reconocer las adulteraciones y así poder valuar si lo que le ofrecen es cosa pura. Podrán engañarla una vez, pero dejarse engañar dos, es intolerable tontería.

De paso mencionaré cómo reconocer la calidad y pureza de géneros, metales y otros artículos con que tiene contacto frecuentemente. No sería posible en el espacio corto del capítulo siguiente presentar todo un diccionario de falsificaciones y adulteraciones; pero sí cuidaremos de que sea lo más completo posible y de que los medios de reconocimiento sean también fáciles de practicar sobre el terreno o dentro del hogar sin que haya necesidad de recurrir al laboratorio del químico o a la pericia del valuator.

CAPÍTULO V

Adulteraciones y su Reconocimiento

Aceite de Oliva.—Es fácil reconocer su adulteración con otros aceites, por el siguiente procedimiento: Se prepara una solución al 25 por ciento de nitrato de plata en alcohol de 90 grados; se mezclan en un tubo de ensaye 10 centímetros cúbicos del aceite en examen, con 5 centímetros cúbicos de la solución indicada, y se deja media hora aproximadamente en el baño maría; después se observa la coloración que haya tomado el aceite.

- 1o. Aceite puro de oliva. Conserva la transparencia y adquiere un hermoso tinte pardo.
 - 2o. Aceite de cacahuete. Pardo rojizo.
 - 3o. Aceite de ajonjolí. Color tostado muy intenso.
 - 4o. Aceite de colza. Negro, luego verde sucio.
 - 5o. Aceite de lino. Rojizo intenso.
 - 6o. Aceite de algodón. Negro.
 - 7o. Aceite de adormideras. Negro verdoso.
 - 8o. Aceite de camelina. Negro. Por transparencia, inclinando el tubo, aparece rojo ladrillo.
- El aceite de ajonjolí o de nabina, se descubre

METODOS CRIMINALES EN MEXICO

agitándolo dentro de una mezcla de ácido clorhídrico y azúcar; si el aceite está falsificado, se colorea en rojo.

Alcohol.—Para reconocer si un alcohol está diluido con agua, puede emplearse el método que sigue: Se toma un poco de alcohol, se vierte en una cucharilla, se le añaden algunos granos de pólvora y se le prende fuego con un fósforo. Si el alcohol es puro, el líquido arde por completo e inflama la pólvora; si el alcohol fué diluido con agua, la pólvora queda embebida con ella y no se inflama.

Otro medio consiste en verter en un plato un poco de la muestra en cuestión y arrimarle una cerilla encendida; si es puro, deberá arder con una hermosa llama azul, sin dejar señal ninguna sobre el plato y sin ennegrecer otro plato colocado encima de la llama.

Almidón.—Se falsifica con frecuencia añadiéndole arcilla blanca. Se puede reconocer la presencia de tal sustancia en el almidón haciendo arder una pequeña cantidad. El almidón puro deja muy poca ceniza, el 1 por ciento aproximadamente; si se obtienen cenizas más abundantes, se puede estar cierto de que el almidón contiene sustancias minerales extrañas.

Azúcar.—Se le adultera con sacarina, un alcoholide que tiene grandes propiedades endulzantes. Sólo el sabor extremadamente dulzón puede indicarnos la presencia de la sacarina.

La presencia de materias extrañas como yeso, fécula, etc., se denota disolviendo un poco de azú-

JOSE RAUL AGUILAR

car y ver si tales materias se depositan en el fondo de la vasija.

La presencia de glucosa se determina por medio de algunas gotas de solución de yoduro de potasa yodado. Si toma un rojo vino o violáceo hay glucosa y si no la hay, el jarabe tendrá sólo un tinte amarillo.

Billetes de Banco.—Cuanto más viejos y más estropeados estén, tanto más sospechosos deben resultarnos, pues se da el caso frecuente de que los falsificadores los ensucian y estropean adrede, reuniendo luego las diversas porciones con tiras de papel engomado y ocultando de esta manera los fragmentos más defectuosos del billete.

En general, los billetes de banco tienen un número, una figura y diversas filigranas, que son poco aparentes al mirar el billete, pero que aparecen claramente observándolos al trasluz. Este último carácter es de los más difíciles de imitar, y puede ser utilísimo para distinguir los billetes falsos de los buenos.

Café.—Para conocer si el café molido fué mezclado con achicoria, basta echar una pequeña cantidad en agua. Si está mezclado con achicoria, ésta se precipita rápidamente al fondo.

El café en polvo mezclado con cereales tostados (avena, trigo, garbanzo, cebada, etc.), da una infusión viscosa, mientras que la infusión hecha con café no mezclado es clara. Además, si se decolora la infusión de café agitándola, el líquido filtrado no se pondrá azul por la adición de una gota de tin-

tura de yodo, sino cuando el café tenga mezcla de cereales.

Aunque vea usted los granos de café tostado y ya listos para ser molidos, examínelos atentamente, estrújelos entre los dedos ya que también se adultera con achicoria o cáscara del mismo café todo molido, reducido a pasta y luego moldeado para imitar el grano.

Carnes.—Las carnes sanas presentan estas características: en conjunto deben tener un colorido vivo y rojo. El simple tacto debe dar una sensación de solidez unida a una ligera blandura o elasticidad. La presión debe hacer resaltar un carácter de densidad, una especie de resistencia de tracción; ningún escape de jugo muscular debe producirse y hacer experimentar a la mano una impresión de frío, untuosa y húmeda.

Las carnes alteradas no presentan esos caracteres; además, si la alteración es profunda, despiden un olor putrefacto que todo el mundo conoce. Además, cuando compre un animal desollado, busque rastros de la piel, pues ya sabe cuán fácil es que le den a uno gato por liebre.

Cerveza.—Esta se adultera con yerbas y aun con ingredientes químicos. La mayor parte de esas falsificaciones no pueden reconocerse sino por el gusto, ya que el sabor amargo del lúpulo no se parece al de las sustancias con que se le sustituye.

Si la cerveza debe su sabor amargo al ácido pícrico, se le puede reconocer haciendo hervir durante diez minutos un pedazo de lana bien blanca en esa bebida. Si después de haber lavado la lana

con agua, queda teñida en amarillo canario, la cerveza contiene ácido pícrico.

Coñac.—El coñac puro tiene sabor característico, como de hule o caucho, la alteración de la botella cerrada se hace perforando el fondo, extrayendo parte de licor puro para sustituirlo con aguardiente habanero.

Champaña.—La fuerza del taponazo no es indicio de la pureza de este licor. Frecuentemente se le adultera con sidra cuyos efectos son más notables.

Chocolate.—Se le adultera con bizcocho, cereales, grasas y aun con materias minerales. Un chocolate bien preparado debe tener olor agradable, sabor dulce y sin acritud; debe fundirse en la boca y si no contiene la cantidad de cuerpos grasos que debe contener, no se reblandecerá en la mano. Si al tratarlo con ácido clorhídrico diluido hay efervescencia, esto indica que fué adulterado con creta o carbonato de cal.

Diamantes.—Se distinguen fácilmente los verdaderos de los falsos sumergiéndolos en agua limpiada. Si la piedra pierde su brillo y no luce, es falsa; en cambio, si conserva su fulgor natural, es diamante verdadero.

Bajo los rayos X los diamantes falsos se muestran opacos y los verdaderos, traslúcidos.

Harina.—La harina de trigo pura es de un blanco amarillento uniforme, suave al tacto; comprimida entre las manos forma un pan momentáneo. Su olor es poco pronunciado; su sabor es particular, pero no debe ser amargo, ni áspero, ni ácido.

Probada con unas gotas de ácido clorhídrico, si

hay efervescencia, habrá sido adulterada con creta o carbonato de cal. Para investigar la falsificación con materias minerales, se ponen 4 ó 5 gramos de la harina que se ensaye en un tubo de ensayo con cerca de 90 gramos de cloroformo, se agita con fuerza y se deja reposar: la harina sube a la superficie del líquido, y las materias minerales caen al fondo.

Huevos.—Si al "alumbrar" los huevos con el hueco de la mano, vistos al través, son claros y transparentes, estarán frescos; si opacos, estarán pasados.

Se expone el huevo a calor moderado; si es fresco se cubrirá de humedad.

Se prepara una solución de una parte de sal en 10 de agua. El huevo fresco sumergido en esta solución se va al fondo, mientras que si está pasado flota.

Jabón.—Se reconoce el buen jabón por su saponificación perfecta, de la cual se tiene la prueba disolviéndolo en agua destilada; si quedan muchas sustancias sin disolver, el jabón es de mala calidad; si da una solución homogénea y untuosa, es bueno.

Por lo general, el jabón que no se deforma mucho, que no despiden mal olor al envejecer y que, sobre todo, se presenta como una pasta firme, untuosa al tacto y sin solución de continuidad, es bueno.

Leche.—La leche aguada no deja rastro de grasa en el interior del vaso. También se puede probar si está aguada por medio de la inmersión de una aguja para tejer, bien limpia. Sáquese inmediata-

mente, teniéndola vertical; si la leche es pura, se mantendrá adherida una gota en el extremo de la aguja; si ha sido aguada, se escurrirá por completo.

Por medio de algunas gotas de tintura de yodo se descubre la presencia de dextrina en la muestra de leche, si aparece ésta de un rojo algo pardo. Mas si da una hermosa coloración azul al contacto del suero, entonces la leche fué adulterada con harina o fécula de arroz.

Manteca de cerdo.—¿No es sospechoso que el unto, el sebo que sirve de base para la preparación de la manteca de cerdo, cueste unos centavos más caro que la manteca ya terminada? La manteca pura debe ser blanca; a corte de cuchillo debe separarse limpiamente.

Mantequilla de Vaca.—La manteca o mantequilla de vaca sufre frecuentes adulteraciones. El fraude más difundido y que la ley prohíbe, consiste en vender manteca de margarina en vez de la manteca natural de leche, ya que el valor nutritivo de la margarina equivale sólo al tercio del de la mantequilla.

Si al calentar un poco de mantequilla por encima de su punto de fusión, el humo da olor de mantequilla fundida, es pura; si los vapores despiden olor de carne grasa asada, se puede asegurar que hay sebo revuelto.

Monedas.—Las piezas de plata falsas, a menos que no estén plateadas, no son de un blanco tan bello como las de plata. Si las piezas falsas son de estaño, tienen un color blanco amarilloso; si de

plomo, blanco azulado, en los dos casos se la dobla fácilmente, a menos que se haya añadido al estaño o al plomo un poco de antimonio.

Las falsas monedas de estaño, si se les frota, despiden un olor particular. Si es de plomo su tacto es baboso y hasta deja manchas negras entre los dedos. El sonido de la plata buena es inconfundible, un sonido llamado *argentino*.

Además de comparar aspecto y sonido, conviene examinar el canto de las monedas. La inscripción o cordón que en el canto llevan grabadas las monedas, es la parte que más trabajo cuesta a los falsificadores. Al examinar el canto de una moneda de oro, se podrá ver si no tiene soldaduras, ya que esto indicaría que la pieza fué aserrada, vaciada sin tocar las dos caras y después se reemplazó el oro sacado por un metal o una aleación resoldándola por presión.

En el próximo capítulo nos ocuparemos con toda extensión de los métodos empleados por los falsificadores de moneda para ponerla en ilegal circulación, a la vez que nos preguntamos ¿Será un buen negocio el fabricar moneda falsa?

Oro.—El oro se prueba haciendo primero con lima una muesqucita para después tocarla con agua regia o ácido nítrico. Si se presenta una mancha verdosa no es oro, sino cobre.

Para reconocer los trabajos de oro falso hechos con chapa de latón sobre cobre, basta sumergirlos en ácido nítrico diluído; la capa amarilla de latón es prontamente disuelta por el ácido y aparece en su lugar el color rojo del cobre.

Pescado.—Antiguamente nuestras amas de casa tenían como regla segura para probar lo fresco del pescado, examinar el ojo y si éste estaba reluciente e inyectado de sangre, la frescura quedaba comprobada; pero desde que los malos comerciantes dieron en inyectar artificialmente el ojo del pescado, ya no queda otra prueba que el tacto. Si al tocarlo es de carne maciza, dura, su frescura es evidente.

Plata.—El ácido sulfúrico no disuelve la plata. Para reconocer la plata, el níquel y el estaño, depositados en capa finísima sobre objetos metálicos, basta con sumergir la pieza, por unos diez minutos, en una solución saturada de sal común y observar los siguientes cambios en la coloración: Níquel, violadorrojizo; estaño, gris pálido apenas visible; plata, ningún cambio.

Telas.—No basta con tomar un hilo y probar, sino hay que destorcer el hilo y luego quemar las fibras.

Si es lana, las fibras al quemarse forman un glóbulo negro que huele a cuerno.

Si es algodón, se produce llama y sólo queda ceniza blanquizca.

Si es de seda, se forma un aglomerado de materia carbonosa, pero sin dar llama.

Para distinguir la tela de algodón de la de lino, se moja un dedo en el agua y se apoya contra la tela; si ésta es de lino, se moja instantáneamente, mientras que si es de algodón el agua empleará aproximadamente un minuto para atravesar hasta la cara opuesta.

MÉTODOS CRIMINALES EN MÉXICO

Lo más seguro es el examen de las fibras por medio del microscopio.

Existe otro medio bien sencillo para conocer si una tela contiene algodón. Basta tomar un recorte, bañarlo con aceite de oliva, escurrir el exceso de aceite comprimiéndolo entre dos hojas de papel secante y mirarlo al trasluz; los hilos de lino quedan traslúcidos y los de algodón, opacos.

CAPITULO VI

Monederos y Falsificadores

Los fabricantes de moneda falsa han tenido que dedicarse a otras técnicas por la incosteabilidad de su "negocio". No cuesta hacerle la competencia al gobierno en eso de acuñar moneda. Mucho es lo que se tiene que trabajar, muchos son los sustos que se pasan y todo ¿para qué? Para ganarse unos cuantos pesos al día y después de trabajar como burro.

Mucho de fantasía hay en las informaciones periodísticas acerca de la fabricación de moneda falsa en gran escala. No hay quien se meta en estos tiempos a montar una fábrica con troqueles, crisoles, fraguas y muflas. Esto agravaría la incosteabilidad del negocio. Los métodos usados en México son muy rudimentarios. Uno o dos individuos son los que se ocupan en hacer los moldes con yeso, agua de panela y aun ceniza. A pesar de la economía con que trabajan estos "artesanos", no ganan gran cosa. ¿Lo duda usted? Pues vamos a hacer cuentas.

Entre yeso, panela, plomo, antimonio y plata —porque hay que dar a la moneda un baño de